

## DESIERTOS INTACTOS\*

(fragmento)

Severino Salazar

**P**ero lo anterior es en lo que a su hijo Emanuel se refiere, porque el otro de sus hijos, que se había quedado a vivir cerca de él, sólo le había acarreado vergüenzas y después de un buen tiempo él mismo había escogido un final espectacular y trágico, que de alguna forma extraña lo reivindicó y lo hizo ocupar, después de muerto, un lugar de importancia en la mente y consideración de todos los que lo llegaron a conocer: el municipio entero. No era tampoco la oveja negra del rebaño, porque era popular, y todo el mundo quería estar cerca de él. Lo extraño fue que con su muerte entró a foco su vida completa; todo Tepetongo como que entendió el significado hasta que ya había desaparecido y eso era nuevo por estos rumbos: nunca antes se había visto cosa parecida. La suya había sido como la vida de un santo, la de un criminal o la de un héroe, pero sin ser ninguno de los tres. No hubo nada heroico ni edificante en su proceder, tampoco criminal, muy lejos de eso; pero sí despertó una admiración no confesada, oculta, morbosa. Se llamaba Neftalí, pero por mal nombre le decían "El espejito". Era el hombre más flojo del que se tenía memoria. Nunca trabajó. Y desde niño había sido burlón, chistoso y bueno para nada. De la escuela lo habían corrido porque los años pasaban

y a él no se le veían ganas de aprender nada. Pero hay que tener en cuenta que era mudo de nacimiento, aunque esto nunca fue, para él o para nadie, un obstáculo. Se daba a entender a señas y con movimientos de su cuerpo de la manera más asombrosa por lo efectiva y sintética. Fue, de los hijos de don Daniel, el más sano, simpático y bien parecido: de cuerpo y facciones casi perfectas; nada le dolía. Las muchachas de su edad suspiraban por él, pero no hacían nada para que se les acercara: sabían que ahí no tendrían ningún futuro. Y sin lugar a dudas poseía un gran corazón, pero la vida no se construye con puras buenas intenciones. Lo miraban como se mira a lo lejos una flor venenosa: no se la puede cortar y llevársela a la casa de uno para ponerla en un vaso con agua, porque estaría todo el día supurando un líquido lechoso por la herida; ensuciendo el ambiente. Pero como nunca falta una mujer sin cordura ni previsión, llena de pasiones y de apetitos y fantasías por satisfacer, sucedió lo que tenía que suceder: se juntó con él y se dejó llenar de hijos. Pero esa es otra historia.

Neftalí no tomaba nada ni a nadie en serio; era el ejemplo de la más descarada de las irresponsabilidades que pueda uno imaginarse. Sólo de repente se volvía coherente y serio, y eso sucedía muy allá de vez en

\* De la novela del mismo nombre, de próxima aparición.

cuando, al calor de las copas y con algún amigo; aunque la verdad sea dicha, no le gustaba tampoco tomar. Tal parecía que la vida para él fuera la embriaguez, y la ebriedad la verdadera vida. En ese aspecto estaba como al revés. Pero si alguien lo invitaba a tomar, y nunca faltaba quién, lo rechazaba: tampoco era un hombre vicioso.

A su padre le debió haber causado muchos pesares, muchas lágrimas y momentos de vergüenza y lástima, aunque nunca lo demostró o lo dijo en público. A su cara asomaban sus preocupaciones cuando lo veía o le daban alguna queja, bastaba leer en el espacio de su rostro lo que toda la vida de su hijo le infringía.

Cuando era niño, en el verano se acercaba a los hormigueros y con una vara arrasaba los montículos de arena, picaba el agujero de la entrada y lo destruía. Le gustaba ver el desorden que se desencadenaba: de hormigas enloquecidas, revolcadas, que como una explosión corrían para todos lados, despavoridas, enceguecidas de ira y terror. Al siguiente día que pasaba por ahí, el hormiguero estaba igual, como si nada hubiera sucedido el día anterior. Las piedritas otra vez en su lugar, limpias; los cadáveres habían sido retirados y las hormigas, rojas y brillantes, como si les acabaran de dar una mano de pintura, entrando y saliendo presurosas del agujero. Pero él repetía su travesura y se iba brincando de gusto al haber presenciado un espectáculo que le proporcionaba un extraño regocijo, un extraño descanso.

Cuando don Daniel lo observaba no le decía nada. Se quedaba mudo como su hijo, como esperando que él solo llegara, con sus propios medios, a una conclusión sobre su poder.

En una ocasión se le subió una hormiga por el pantalón sin que se diera cuenta. Y lo había picado en el brazo, exactamente sobre una vena. Al poco rato estaba retorciéndose de dolor a medio patio, llorando y con el brazo hinchado. Cuando su madre, que aún vivía, se dispuso a ponerle un emplasto de hojas de plúmbago machacadas para calmarle el dolor y bajarle la hinchazón, don Daniel le dijo que no lo hiciera, que lo dejara sufrir porque se lo tenía merecido.

Pero de niño, de joven o ya de grande nunca se hallaba solo; donde él estuviera había una gran reunión de risas y alegría sin

control, caótica, peligrosa; y ahí estaba su atractivo. Al igual que los grandes, la muchachada también lo seguía; siempre lo andaban procurando —después de sus jornadas, cuando caía la tarde, o a la hora que fuera si se encontraba uno desocupado— por las esquinas de las calles, en las tiendas, el jardín o las cantinas. Era, sin duda, la mejor compañía para matar el tiempo. Y compartían a gusto con él un refresco, una torta, un puño de cacahuates o lo que fuera, menos un cigarro, porque no fumaba. Siempre iba sonriente y el que lo volteaba a ver se contagiaba: también se reía, y podía seguirse riendo por algunos minutos sin razón y luego seguir su camino.

Pero cuando se estaba triste o se tenía algún problema que requería de tiempo para pensarlo, consuelo o un consejo, era mejor mantenerse lo más alejado de él; porque distraía o porque uno se podía volver, fácilmente y sin miramientos de ninguna clase, material para sus chanzas. En los momentos difíciles a uno le parecía el hombre más detestable sobre la tierra.

Era un artista auténtico arremedando a la gente. Nadie se escapaba al radio de su mirada, desde el presidente municipal al señor cura, el doctor, el panadero, cualquier niño o mujer. Era un observador admirable, sus ojos no dejaban ir ningún detalle ni su significado: en los ademanes, en la forma de andar, las facciones y hasta conversaciones enteras; poseía una memoria envidiable. Si uno se daba cuenta que en alguien fijaba su mirada un poco más tiempo de lo usual, ya estaba: el pobre observado entraba irremediablemente en el gran repertorio de sus imitados. Sus imitaciones causaban tanta alegría, hilaridad y sorpresa porque reproducían y revelaban prodigiosamente algo que siempre estuvo ahí, pero que pasaba inadvertido a los ojos de los mirones comunes: la pura esencia de la víctima, su síntesis. Neftalí era un gran revelador, su ojo miraba y luego aislaba lo que a nadie se le hubiera ocurrido encontrar, tal parecía que para eso había nacido. Y lo más sorprendente es que hasta los animales se volvieron el blanco de su mirada crítica, como que ésta se fue desarrollando y puliendo en él: arremedaba al perro de don Trinidad Zúñiga, su forma canina de mirar, de ladrar, de caminar. Y los bueyes de

Cuando los charcos —a la orilla del río o de los caminos reales— se empezaban a secar con los vientos del otoño y las tortugas salían del fondo, morosas, con los lomos enlodados y los chiquillos las atrapaban para jugar con ellas, Neftalí, una tarde, había descubierto un juego que inmediatamente se los había enseñado a sus amigos de vagancia: carreras de tortugas; pero para hacerlas correr, él iba a la cocina de su madre, se robaba unas brasas del fogón y luego ponía una sobre el caparazón de cada animal. Éstos comenzaban a sacar las patas y las cabezas al ir sintiendo el calor; después corrían despavoridos, enloquecidos por el dolor que llevaban auestas; mientras los muchachos iban a gatas detrás de ellos, soplando fuertemente sobre la brasa, entre su griterío y llenos de entusiasmo, regocijo y emoción por la competencia.

Gerardo —entonces aún más chico que los muchachos que se divertían de esa manera— había visto alguna vez, por casualidad, en los alrededores de La Chaveña, que se llevaba a cabo tan extraño maratón, pero entonces no había pensado nada sobre ese juego, sin embargo nunca lo olvidó, se le quedó bien grabado en la mente. Porque a partir de ese momento, y donde estuviera, siempre que sus ojos se encontraban con el dibujo, la foto o la palabra tortuga, su mente lo regresaba a aquella tarde y veía nuevamente y con claridad al animal corriendo con la brasa sobre su concha. El recuerdo venía limpio, no le causaba ningún malestar y menos alegría, era un recuerdo que pasaba sin ningún adjetivo. Así como no le causaba ninguna lástima el hecho de que todos los animales de la hacienda fueran herrados para ponerles la marca de sus dueños con hierros al rojo vivo, mientras bramaban y pataleaban de dolor. Aunque él entonces era también un niño, ahora el hecho de estar grande y de verlo con perspectiva no lo hacía crujirse en autoridad moral. Siempre creyó, estaba convencido, que a un niño se le podían ocurrir las cosas más descabelladas. ¿No contaba su propia madre que una vez el diablo se le había aparecido a una bola de muchachos; y que como éstos habían descubierto que el diablo no tenía culo, con un palo, en el acto, procedieron a hacérselo?

Pero un día su recuerdo se materializó en un símbolo tan duro y palpable como el ca-

parazón de una tortuga, y tan hiriente y cruel como una brasa que está siendo soplada constantemente, para que no pierda su fuerza, sobre ese animal. Fue la última vez que vio a Neftalí a lo lejos, en una calle de Tepetongo, y se dijo entonces que para ese hombre la vida era un acontecimiento que se estaba llevando a cabo a pesar suyo, sin su consentimiento y sin tener control sobre él mismo. Sí, era cierto, se decía, es como correr sin rumbo con una brasa de dolor sobre el lomo.

Y no había soportado esa carga. O la carga lo aniquiló. No fue de los que resisten hasta que la carga pierda fuerza, se apaga, se vuelve cenizas; carga de cenizas. Pues la tarde de un veinticuatro de junio, cuando todo el municipio se encontraba en Tepetongo festejando el día de San Juan, los que venían en una procesión de El Salitral descubrieron su cuerpo en las alturas, dando vueltas lentamente con el viento. Pendía de un mecate de una de las ramas más altas del mezquite en el Coamil del Ahorcado. Con la cabeza hacia abajo, sacando la lengua hinchada, como mirando fijamente al parche de rosas que crecían en el suelo. Como si se estuviera burlando. Pero no era un hombre tan estimado por el pueblo como para que ameritara la suspensión de la quema del árbol de pólvora, el coloquio en el que se representaba la vida de San Juan Bautista y otras actividades nocturnas de la festividad. Aunque de todos modos, el pensamiento de su muerte agrió la segunda parte de la fiesta. Y como por una correspondencia con su vida, casi nadie podía tomar su muerte en serio. Hasta en estos festejos tenía que meter su cuchara el mentado “Espejito”, dijo alguien que le dio palabras al ambiente pesado que empezó a invadir, como un humo apestoso, la noche de San Juan en Tepetongo. Siempre había sido un agua-fiestas, repetía.

—Se puso a echar relajo él solito y miren lo que le pasó —dijo un muchacho de un grupo que jugaba a la ruleta a la luz de una lámpara de gasolina en el portal. Y todos rieron con ganas, como abriendo las válvulas de la risa. El muchacho que había hablado era muy popular en el pueblo, y al poco tiempo se convirtió en el heredero del público que le pertenecía a Neftalí. Siguió su

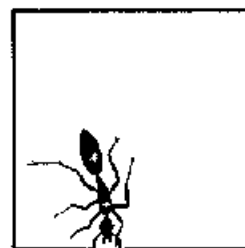
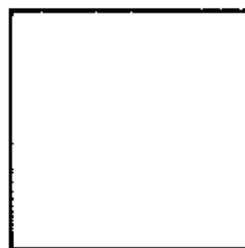


don Antonio, que caminaban con la calma del mes de mayo; cuando miraba para los lados con mucha parsimonia, nadie dudaba que se trataba de los bueyes de ese hombre y de nadie más. Y el colmo fue cuando quiso imitar, y casi lo logró, las cosas inanimadas, como una de las torres de la iglesia. Un día hasta se quedó parado, petrificado, con los brazos formando un arco, un paraguas, y dijo que era como el kiosco de la plaza que sin mirar, sin sentir, cerca de él pasaba la vida, el tiempo, los presidentes municipales, y nada le hacía mella, nada lo tocaba, nada le importaba del mundo y sus luchas para mantenerse en pie, vivo.

Y el Creador y la naturaleza no se escapaban de su mirada burlona y crítica. Un día, en el velorio de un niño, Neftalí estaba implantado en la seriedad y escuchando atentamente todas las reflexiones que los deudos hacían sobre la vida y lo repentina que era, y sobre las inexplicables razones que Dios había tenido para truncar esa vida que apenas comenzaba, cuando se le ocurrió a él continuar enumerando a señas rápidas, vertiginosas, su propia lista de fallas que le encontraba a la naturaleza.

¿Dónde tenía Dios la cabeza que a los ricos les dio tanto y a los pobres los dejó como La Magnífica: sin cosa alguna? ¿Dónde tenía Dios la cabeza el día que hizo a las lombrices que viven entre la mierda y además están ciegas? ¿O por qué desperdició tantos colores en las alas de una mosca o tanta carne en el chirrón de los burros, y a los pobres pájaros no les dio ni un mísero centímetro de pito? ¿O por qué plantó tantos álamos y sauces que no dan nada a la orilla del río y en su lugar no puso duraznos y manzanos? Explíquenme ustedes por qué, decía muy serio, con cara de circunstancia. Y que a él, que tenía tanto qué decir lo había hecho mudo. Los ahí reunidos se tuvieron que salir al patio a reír a sus anchas y a olvidarse por unos momentos de la razón por la cual se encontraban juntos.

Cuando ya se había marchado, en ocasiones como ésta, siempre había alguien que refutaba lo que Neftalí había dicho. Nunca lo decían directamente en su cara, porque para todo tenía una respuesta rápida e ingeniosa. Y este hombre no sabía de razones. Por eso esta vez alguien contestó: Dios le dio una



razón de ser a cada cosa que hizo. Si Neftalí no lo sabe, ése es otro asunto muy distinto: su ignorancia es su tragedia.

Por tal razón, cuando había un muerto en el pueblo, sus deudos rogaban a Dios que Neftalí no asistiera al velorio, y todos los demás deseaban que ahí estuviera, para que le arrancara a la muerte esa máscara de dolor, de miedo y de misterio que la cubría. Porque ese hombre tenía un punto a su favor: era un alegre y divertido enjuiciador de lo absurdo de la existencia.

Era incapaz de desaprovechar la ocasión de volver algo serio en chistoso, y luego era difícil volver al camino original. Como aquella noche de un quince de septiembre, cuando el presidente municipal se disponía a dar el grito, y apenas iba a tomar el lábaro patrio de manos del secretario, muy serio y en un mar de silencio, cuando Neftalí, de entre la multitud, se echó un pedo muy fuerte y muy largo en tres notas. Todos le rieron la gracia y la atención en adelante la acaparó él. Y siguió con sus gracejadas hasta que terminó la ceremonia que fue cuando dijo: "no voy a descansar hasta que los haga hablar; necesito mucho entrenamiento en el culo". Y al día siguiente, a la hora del desfile, le amarró de la cola un bote de hojalata a un perro callejero y lo soltó. El animal se había ido por la calle enloquecido de terror por ese cambio tan súbito en su ser y en el mundo.

Todo eso había sucedido en una época en que su ingenio no tenía límites ni medida. Andaba por el pueblo y sus alrededores como perro del mal, como si llevara una enfermedad que en realidad no era enfermedad. Así como hay gente que se enferma de fiebre y se entristece, así él, como que estaba enfermo por hacer reír y cambiar de lugar las cosas del mundo, o voltearlas al revés y enseñarles el lado oculto y absurdo, chistoso.



escuela, decían los que censuraban ese tipo de conductas.

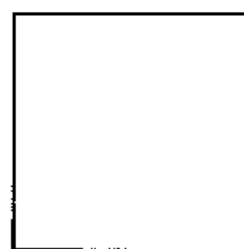
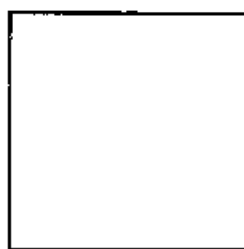
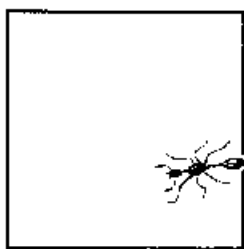
—Lo hizo nada más por joder, repetía el heredero.

—No conocía límites ese cabrón, agregó su amigo.

Neftalí era el eslabón de una cadena que se había roto precisamente en él. Aunque no era el autor absoluto de su propia destrucción, eso no lo eximía de su responsabilidad. El Universo estaba organizado así, alguien lo había acomodado de esa manera. ¡No podía ser obra de Dios! Pues para que Gerardo tuviera y disfrutara, otros no tenían y la vida se volvía una lucha sórdida. Su padre explotaba al padre de Neftalí; y eso porque alguien lo tenía que hacer. Bien pudiera haber sido don Daniel el que hiciera que don Cayetano trabajara para él, y Gerardo haber sido Neftalí, que al fin que daba lo mismo, sólo cambiaban los nombres. Pero no podía ser todo así de simple, cada hombre estaba definido o afectado por una serie infinita de hechos imposibles de enumerar, infinitos como Dios, como el hombre mismo. Uno estaba agarrado al mundo por cadenas —asegurado o encadenado, según se viera— y lo importante y valioso moralmente era descubrirlas, explicárselas, saber su origen para encontrar exactamente nuestro lugar. De esa manera se podía ver lo único extraordinario que resultaba cada hombre.

Pero todo eso Gerardo lo había pensado hasta la siguiente tarde del día que llegó a La Chaveña, seis meses después de la muerte de Neftalí. Y don Daniel y él se habían encontrado solos en las caballerizas. Estaban ensillando un caballo para que Gerardo fuera de paseo hasta Juanchorrey y regresara en la noche, para que mirara cómo se iba levantando el verano de la tierra. Los ojos del viejo lo miraron fijamente, estaban empañados, cubiertos de lágrimas, suplicando compasión, entendimiento. Le dijo:

—A mi hijo lo mataron todos. Gerardo ya estaba montado en la bestia y se le arrugó el corazón cuando lo escuchó pronunciar las palabras "a mi hijo". Porque nunca antes lo había oído con tanto desconsuelo en la voz; ese hombre había sufrido una pérdida y a nadie, hasta ahora, le había mostrado su relación tan cercana, emocionalmente, con el muerto; y que éste era suyo, de su propie-



dad. Y toda esa manifestación de amor tan inesperado y verdadero, tan sorpresivo e intenso lo marcó de dolor y alegría. Primero, porque compartía repentinamente con ese hombre su pesar y porque estaba frente a un ser humano vivo, pasaban a través de él las corrientes de la vida intensamente, era en ese instante como una resistencia eléctrica del mundo, donde se hacían visibles, palpables dolorosamente dos de sus componentes: el dolor y la pérdida. Contribuyó a su muerte todo el municipio —continuó don Daniel—. Sin embargo, todo hizo violencia en ese misterioso espacio que se llama cuerpo, y sólo éste es juzgado. Y con mucha saña y crueldad.

Gerardo había subido al caballo sin poder contestarle nada. Y mientras don Daniel le ponía las riendas en la mano le dijo:

—Pensamos tan poquito en la manera en que está acomodado el Universo...

Sin saber qué decir salió de la caballeriza al corral, y luego al camino real. Se iba desdoblado a su lado el mundo cuya organización, se le acababa de decir, desconocía. Iba como hipnotizado, alrededor de él un mundo extraño, desconocido...

—Tampoco crea que le pretendo quitar de encima su responsabilidad. Recobró su dignidad al portarse, en el último momento, como un hombre. Como un verdadero hombre —don Daniel le había dicho.

"Como un verdadero hombre", Gerardo se repetía como un eco de don Daniel, cuando pasó frente al mezquite del coamil. Y se dijo para sí que en cambio ese árbol ahí plantado no era responsable de nada; era libre. Era responsable el hombre que dejó caer ahí una semilla cincuenta o sesenta o cien años atrás, al azar, o que con todo el propósito lo plantó. "Como un verdadero hombre" se repetía.

También Gerardo ahora recordaba un atardecer de hacía muchos años, cuando se



cruzó con Neftalí en una de las calles de Tepetongo y le dio una bofetada con la mano abierta. Y todo porque le pidió un aventón de regreso a El Salitral en el carretón. Gerardo se había sorprendido porque había actuado sin pensarlo, instintivamente, obedeciendo a un impulso incontrolable, que le había nacido cuando estuvo frente a frente con ese hombre, que ahora le producía una inmensa lástima. Y por mucho tiempo vivió arrepentido y seguro de no poder reparar esa falta. Pero es que ese hombre tenía el poder de sacarle lo malo que yacía enterrado en el fondo del alma de Gerardo. Y porque detestaba a todo aquel que no respetara la vida, que no la mirara con seriedad. También lo odiaba porque ¿no habían sido ellos, Neftalí y su pandilla, los que un día que se encontraba su hermano Lázaro en el río lo enseñaron a que se masturbara? Después de esa ocasión, sin ningún pudor, el muchacho se sacaba el pene de la bragueta en el momento más inesperado y empezaba a jugar con él. Le habían tenido que amarrar las manos por mucho tiempo, para que en algún lugar de su vacío se le borrara la memoria que le avisaba que en alguna parte de su cuerpo poseía un recurso para procurarse placer.

Y esa misma noche, cuando ya había regresado de Juanchorrey, mientras cenaba, Gerardo recordó que cuando su hermano Aristeo había muerto, don Daniel, una noche del novenario de rezos que le siguieron, le había dicho: el Universo es tan perfecto y está organizado de tal manera que todos venimos a decir o hacer algo. Y después, cumplida la misión, una vez dejado el mensaje o hecha la tarea, es mejor que nos vayamos. Y así lo hacemos; nadie se demora ni un segundo más. Ni tampoco se van antes: dicen por ahí que nadie se muere la víspera, sólo el día que le toca. En el Universo hay más perfección y exactitud que en un reloj. Es necesario que Lázaro esté vivo, que nos muestre esa forma de andar por la vida; además que su alma necesitaba de esa experiencia. Así como es necesario que su padre siga escarbando la mina aunque no encuentre nada, que usted destruya un jardín de rosas para terminar su casa, que una buena mañana aparezca un hombre colgado de ese mezquite. Que haya santos y criminales es necesario; y que sepan o no sepan su función es

necesario. Como es necesario que algunos no sepan por qué están en el mundo, que ignoren su misión, porque su misión es esa y no otra: mostrarse y mostrar que para algunos la vida carece de sentido. Todos contribuimos a la fábrica de la vida. Hay quienes sólo vienen a proteger con sus dos manos la flama de la vida.

—Hay que vivir con nobleza el extravío —se decía Gerardo.

—Mire nada más lo que ha hecho —le decía don Daniel parado en la cabecera del barbecho. Era una mañana a la mitad del verano y el sol ya había salido—. Las raíces de las matas de calabaza son muy pequeñas, muy cortas. Apenas tienen con qué agarrarse de la tierra para chupar la substancia. Y usted las sacó todas.

Y Gerardo lo miraba angustiado, pidiéndole ayuda para reparar el daño hecho. La voz implacable de don Daniel continuaba, sin aprensiones:

—Pero es que ya no las puede volver a enterrar, ya les dio el aire y el sol las reseco. Las raíces deben permanecer en la oscuridad y sin que las toque el aire. Aunque parezca que están vivas, están muertas; ya no van a prender en la tierra aunque las volvamos a enterrar —don Daniel se iba caminando muy despacio entre los surcos, mirando aquí y mirando allá, a todas las matas con las raíces de fuera—. Y todo por pura curiosidad de usted. ¿Qué no podía quedarse con la duda de conocer el tamaño, color y forma de sus raíces?

Los dos habían llegado a la otra cabecera y se regresaron dándole la vuelta al barbecho; don Daniel no había dejado de hablar:

—Dios nos libre de usted. ¿Qué tal si se le ocurre comprobarse a sí mismo que las raíces de los álamos son tan grandes como sus ramas? ¿Que por el árbol que vemos fuera verde y blanco hay otro hecho de raíces, enterrado en la oscuridad? ¿Qué tal si un día que nos levantemos en la mañana nos encontramos a lo largo del arroyo todos los álamos en el suelo, enseñando impudicamente sus raíces, sólo porque usted no podía vivir sin saciar su curiosidad? Ojalá y Dios nunca le conceda el poder de hacer eso, porque usted sería capaz de hacerlo.

Ambos se habían ido a la casa sin hablar más, mirando al suelo; tristes porque ese año



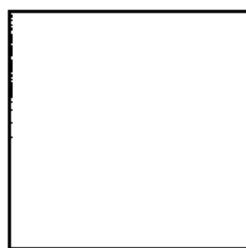


las calabazas no iban a madurar: él las había asesinado antes de tiempo. Pero eso lo debió haber soñado cuando era un chiquillo, no pudo haber sucedido. Nunca. Imposible. Como éste, muchos de los recuerdos que tenía de don Daniel se confundían entre la realidad y el sueño. Y muchas de las cosas que sí habían sucedido ahora tenían el clima y el color de los sueños, de las invenciones de la mente cuando se encontraba ociosa.

Gerardo salió de la cama y se fue a parar frente a la ventana. Miró al cielo: la luna estaba muy alta y solitaria. Las costras del tronco del mezquite brillaban plateadas y las sombras negras de sus ramas yacían enmarañadas sobre el suelo también metálico. Nada se movía; ni los animales en el corral parecían respirar o rumiar esa noche. Todo era silencio y quietud. Las piedras hacían sombra. Era un silencio pesado con tanta luz lunar, sordo. Como si el mundo estuviera abandonado; como si algo extraño estuviera a punto de suceder.

La presencia fantasmal de aquellos dos hombres legendarios entre las ramas del mezquite jamás se iban a borrar, aunque tirara el árbol y lo hiciera leña, aunque en su lugar plantara otro árbol frutal distinto. Porque en ese espacio, a unos cuantos metros sobre esa tierra, tiempo atrás, dos hombres ya habían llevado a cabo, para siempre, irreversiblemente, la determinación más importante de su vida, y lo que era más, de las vidas de muchos hombres que habían vivido antes y muchos otros que todavía no nacían. Como su hija, que estaba por llegar al mundo ese año. Ningún hombre estaba aislado o se podía desprender del Universo, como lo afirmaba con otras palabras y con otras actitudes don Daniel. Una sola célula cancerosa en los millares y millares de células del cuerpo importa, no está sola. Y aunque esa célula sea aniquilada, deja su memoria en el cuerpo que la trajo, que la generó.

El pensamiento de aquellos dos hombres legendarios colgados de esa ramas contra el cielo, le recorrió en un rápido escalofrío todo su cuerpo desnudo, de pie frente a la ventana, descalzo. Con las manos extendidas se alisó los vellos del pecho y del estómago y se regresó a la cama, donde Ángeles, en sueños, se había dado media vuelta, para hacerle espacio. A Gerardo le gustaba besar las nal-



gas de su mujer y dejar que sus labios, sin violencia, como barriendo la piel, las recorrieran apenas tocándolas. Así lo hizo esa noche. Ángeles era un cuerpo y su cuerpo era un espacio, que se debía recorrer con el tacto, con la punta de sus dedos, con la punta de su lengua, con la superficie de sus labios, con su nariz, que rastrearía todos los olores distribuidos en todos los rincones y valles de ese espacio infinito que se volvía ese cuerpo cuando él lo exploraba.

Pronto se quedó dormido nuevamente. Esa noche soñó con Nefelí.

La mañana cuando Gerardo supo de la muerte de don Daniel, sin saber qué hacer, se había ido a un rincón de su recámara y se hizo nudo en el suelo y lloró desconsoladamente como si se hubiera muerto Dios por envenenamiento. Supo que en La Chaveña la vida iba a ser diferente a partir de ese momento. Se había asustado mucho por esa muerte, pero después el susto se volvió sorpresa y ésta, con el transcurrir de las semanas, en tristeza. Estaba triste por toda la vida de don Daniel. Creía que con él se habían muerto también los hombres que ya sólo él recordaba, por ejemplo, el propio padre de don Daniel, porque según les había platicado aquí en la hacienda, nunca conoció a su madre. Sí, mucha gente también se había muerto con él. Gerardo recordaba que un día, mientras don Daniel limpiaba las cabañerizas, él y Susana iban atrás - ambos todavía muy niños - saltando entre nubes de polvo, escuchando narraciones de la infancia de don Daniel, que a mucha insistencia de los dos, el viejo accedió a contar.

De esa manera habían sabido que don Daniel conocía palmo a palmo todo el estado, que desde muy niño lo había recorrido acompañando a su padre, que era arriero y comerciante. Los dos iban por todas las rancherías comprando y vendiendo, con cinco



burros cargados de dulces, hilos, botones, telas, dedales, listones de colores, tijeras, zapatos de mujer, pañuelos, mantones y tantas cosas. Y compraban maíz, frijol, miel y huevos. De su padre había aprendido la costumbre de no trabajar los sábados, pues donde la noche del viernes los agarrara, ahí desmontaban, descargaban y se ponían a descansar ellos y sus animales. El domingo todo el día trabajaban en las ferias, en los rodeos o en los pueblos enfiestados. Su padre meditaba y leía de una vieja Biblia que estaba escrita en otro idioma, y a don Daniel le aseguraba que algún día Dios le iba a dar licencia y tiempo para enseñarle esa lengua y todos sus secretos. Y porque su padre andaba siempre vestido de negro, tan negro como su barba y su bonete, los chiquillos de las rancherías le gritaban: "¡ahí viene el Judío Errante y nos va a llevar con él en sus cajones; corran a escondersel!" Hasta que un domingo que llegaron a Zacatecas y se encontraron la ciudad desierta, unos revolucionarios habían tomado preso a su padre, lo robaron y lo pusieron, con muchos otros hombres, a cavar zanjas en las orillas de la ciudad para enterrar a los muertos de la batalla que había tenido lugar la noche anterior. Y don Daniel, asustado, iba detrás de su padre, no se separó ni un momento de él. Y mientras le repetía que él tenía que ser uno de los treinta y seis hombres justos que son la base y sostén del mundo, de los que son necesarios para que no sucedan estas tragedias en el mundo. Lo vio trabajar, cargando muertos y luego echándolos en las zanjas, hasta que en la noche había quedado muy cansado y en la mañana no despertó. Había muerto en los corrales del cuartel. Su padre que se llamaba Amós. Y él, don Daniel, se había quedado a vagar por la ciudad hasta que la dueña de una fonda lo recogió. Y un día un hacendado que pasaba por ahí le había dicho a la fondera: "su mandadero estará mejor en el rancho. Allí puede aprender cosas más útiles. Allí me lo llevo". Y así don Daniel había ido a parar a Tepetongo, que entonces no era más que un rancho.

Pero don Daniel estaba en La Chaveña desde que ellos —todos los hermanos de Gerardo— eran niños. Siempre había estado ahí, aunque algunos de sus hijos vivían en El Salitral y otros muy lejos, en Esta-

dos Unidos y en Torreón. Gerardo había escuchado muchas veces que los hijos de don Daniel —los de lejos y los de cerca— iban a la hacienda para rogarle que dejara de trabajar, que viera que no tenía necesidad de hacerlo, que ellos lo mantendrían. Y él les contestaba que no se podía retirar de La Chaveña, que ésa era su casa, que estaba ligado a ella por muchos lazos. Decía que sólo muerto lo sacarían de allí, que allí era su exilio, ya que su verdadera tierra estaba muy lejos. Quería demostrarle a sus hijos que estaban exiliados en un lugar prestado. Y les decía que se sentirían desarraigados dondequiera que estuvieran, porque habían dejado su tierra, su lugar en el mundo. Y tuvo razón a la larga; muerto abandonó su reino prestado.

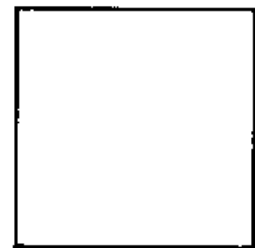
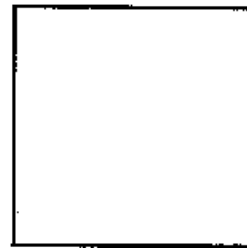
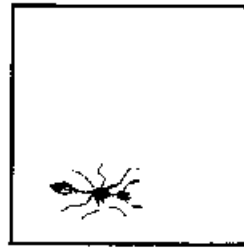
Doña Emilia atestiguaba que desde que don Daniel había llegado a la hacienda se habían instituido nuevas costumbres. Se había ido volviendo paulatinamente en el motor de la hacienda. Él guardaba y sabía el estado en el que se hallaban todos los instrumentos de trabajo. Él decidía el día y hora en que debían iniciarse las siembras de cada año y cuándo debían recogerse las cosechas. Estaba al pendiente de que se alternara la siembra del frijol y la del maíz en los barbechos, y que éstos se dejaran descansar en el séptimo. Llevaba la cuenta mental de los caballos, mulas, burros, vacas y cerdos que pertenecían a la hacienda, aunque muchos de esos animales permanecieran en los potreros de agostadero por largas temporadas. Y siempre tenía listo el carretón para cualquier viaje que pudiera ofrecerse; el carretón en el que salía de los límites de la hacienda y del que jamás se bajaba si no se hallaba ya en los terrenos de la misma, como si sus piernas no pudieran moverse sobre otros espacios, como si fuera un inválido en el resto del mundo. Él también había instituido la costumbre de hornear el pan de la semana y asar carne y preparar comida los viernes por la tarde, por lo que el sábado casi no se prendía fuego en la casa. Ese día no uncía caballos, ni iba a ningún lado; se bañaba, se cambiaba de ropa, se preparaba como para una cita con Dios, se sentaba en la explanada del patio, o en donde fuera, a mirar el mundo desde ahí, a entrar en armonía con él, decía, a reconciliarse. A pensar en lo maravilloso y



perfecto de la creación. A pensar en la eternidad. Ese día se portaba como si fuera el hombre más perezoso del mundo y al final decía: Dios es justo; y creó el descanso. Su voz silbaba con mucha fuerza y violencia, como el aire de verano antes de una tormenta entre los álamos y al día siguiente una o dos ramas amanecían tiradas sobre los bancos del arroyo.

—Soñé que se preparaba una gran fiesta aquí en La Chavería —le había dicho don Daniel a Susana un sábado durante la comida familiar. —Luego empezaban a llegar los invitados y a llenar los patios y los pasillos, el comedor. Y muchos músicos tocando en diferentes partes de la casa; y un ir y venir de gente que ni conocíamos, de gente extraña. Y que de pronto perdíamos el gobierno de toda esa fiesta, y ya bebidos y hartados los elegantes convidados se daban a propagar la confusión y el desorden. Nosotros nomás veíamos, sin poder hacer nada, cómo saqueaban la cocina y salían al patio con las viandas, cazuelas, charolas y ollas. Y revolvían los guisos de la carne con los de la lechic. Y que ustedes, yo, todos los de aquí íbamos enfurecidos, después entristecidos por nuestra impotencia entre esa multitud sin rienda ni gobierno, que hacían tanta revoltura ante nuestros ojos. Después no sé cómo, ya me encontraba en otro sueño y con otra angustia: andaba por toda la casa, que se encontraba en penumbras, buscando una vela para poder encenderla; y no encontraba una sola en ningún lado; ni en las alacenas, en los cuartos, en la bodega, en las trojes. No se encontraba ni un solo cabo de vela para encenderlo. Imagínese qué sueño, aquí que ni somos cuidadosos con esas reglas y leyes.

Pero don Daniel había perdido el respeto y el lugar donde se le tenía en la hacienda desde el fatal momento en que Susana anunció que se pensaba casar, y por todas las leyes, con él. En todo el municipio no había otro bochorno con qué medir o comparar el escándalo y la vergüenza que esa unión significaría. El simple rumor de esa posible unión era suficiente motivo para la indignación. Eso era innombrable, no se podía pensar sin que ensuciara la mente y la invadiera el asco, el rechazo, decían en la hacienda. Y una tarde en que Gerardo, des-



pués de muchos intentos para decidirse a hacerlo, se acercó por fin a don Daniel para preguntarle si era cierto que se iba a casar, éste le había contestado:

—Hay días en que la tarde es más fresca que la mañana.

Pero todos los recuerdos de don Daniel ahora parecían sueños, sin tiempo preciso. O de pronto se volvía un ser irreal, imaginario. O legendario. A pesar de que Gerardo había estado presente mientras el doctor y el ministerio público que vinieron de Tepetongo le hacían la autopsia al cadáver. Antes de que llegaran esos diseccionadores, esos investigadores del cuerpo muerto, había permanecido mucho tiempo a un lado del catre donde yacían los despojos de don Daniel, sin apartarse de ahí ni un minuto. Como un último homenaje. Por mucho tiempo miró su cuerpo blanco, sin vellos, liso como el alabastro; musculoso y semienvuelto en una sábana como si fuera Jesús resucitado y elevándose al cielo. O como el Santo Sepulcro. Pero no había por qué engañarse ahora, estaba seguro de haber visto a un hombre salir del mar de la nada y volver a ser engullido por él, y que eso era un hecho angustioso, desesperante. Y que mientras tanto él, Gerardo, seguía encerrado en las fronteras de su cuerpo.

Mientras llegaban Emanuel y su esposa —a lavar y a vestir el cuerpo para después tenderlo— Gerardo había permanecido sentado en un cajón a los pies del catre. Sostenía su cabeza entre las manos, como si fuera un objeto que no le perteneciera, un planeta detenido, deshabitado, ya sin vida. Miraba al piso con sus ojos rojos, cansados de percibir tantas situaciones inéditas en sólo unas cuantas horas. Se dijo muy quedo, con su voz ronca:

—No he entendido. No he podido. Ni siquiera he hecho el intento. No sé el camino. Y no basta el deseo.

